

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

¿QUIÉN TOCA LA PUERTA?

Dina María Herrera

Estudiante de Psicología
FUNLAM

“¿Para qué te sirven esas uñas tan largas? Para arañarte mortalmente y para arrancar tus espinas mortales, responde el lobo del hombre. ¿Para qué te sirve esa cruel boca de hambre? Para morderte y para soplar a fin de que yo no te lastime demasiado, mi amor, ya que tengo que lastimarte, soy el lobo inevitable, pues me fue dada la vida. ¿Para qué te sirven esas manos que arden y aprisionan? Para quedarnos de manos juntas, pues necesito tanto, tanto, tanto, aullaron los lobos, y miraron intimidados las propias garras antes de acurrucarse uno con el otro para amar y dormir.”

Clarice Lispector.

Hay un fantasma que sobrevuela las sociedades contemporáneas. Hay un fantasma que arremete con ira y estragos. Hay un fantasma que se acentúa y permanece. Hay un gélido fantasma que paraliza, que intimida, que embarga el corazón de miedo. La soledad.

Quien inicia la vida solitaria, siente tras de sí uno de sus peores miedos, invadiéndolo la nostalgia del encuentro, de las palabras, el deseo de hallar otro para abrazarlo, asirse a él y retornar a la tranquilidad del pasado. Octavio Paz considera que “todos los hombres, en algún momento de su vida, se sienten solos; y mas: todos los hombres están solos. Vivir, es separarnos del que fuimos para internarnos en el que vamos a ser, futuro extraño siempre. La soledad es el fondo último de la condición humana” (Pág. 211- 1993.). Se hace necesario entonces revestirse de paciencia y esperarla con amorosa dedicación, ya que es perenne en el hombre, fervorosamente lo acompaña como un diálogo conspirador de la condición humana, condición que es recibida con agrado o

no, pues para algunos resulta ser insoportable y para otros maravillosamente irresistible.

En medio de la bravura del mar de la incomunicación; en la soledad, solo en la soledad, en la sagrada intimidad de la soledad, ha de lograr el ser humano un dialogo con su propio corazón, con los otros seres humanos, saborear la vida, estremecerse con el sabor agrio de las begonias, con el olor del jazmín, con los sonidos de la noche y con los placeres de la soledad.

Vale pensar en Mario Benedetti con su poema titulado *Fuego mudo*:

“A veces el silencio
Convoca algarabía
Parodias de coraje
Espejismos de duende
Tangos a contrapelo
Desconsoladas rabias
Pregones de la muerte
Sed y hambre de vos

Pero otras veces
Solamente silencio
Soledad como un roble
Desierto sin oasis
Nave desarbolada
Tristeza que gotea
Alrededor de escombros
Fuego mudo”. (Pág. 62- 2000)

Para el sujeto actual, la soledad no le llega como un don que lo acerque a la reconciliación, a ese fuego mudo, sino al más desastrazo de los aniquilamientos, es así como busca incesantemente la presencia banal o no del otro, al fin y al cabo, presencia. Una presencia que lo colma de garantías y de seguridades, una presencia que lo conduce a la sordera, a la no necesidad de encararse consigo mismo, más bien lo llena de ruido.

Un ruido que ejerce movimientos ondulantes de autoengaños, como bien lo señala Miguel de Unamuno “los hombres no conversan entre sí sino en sus desmayos, vaciándose de si mismos, y de aquí el que nunca estén mas de veras solos que cuando están reunidos, ni nunca se encuentra mas en compañía que cuando se separan” (Pág. 34-1968). Entonces, esta dicotomía de encuentro y desencuentro, de armonía e inestabilidad, ahonda el vacío de la existencia humana. Un vacío que hoy se intenta llenar desde diversos frentes: el amor, lo académico, lo artístico, lo místico y el trabajo.

El amor se disfraza de un placer que le es ajeno, las mujeres pasan a ser objeto de deseo del otro y los hombres alimentan su vanidad al ir de cama en cama buscando el regocijo que los devuelva al primer amor, a aquel amor prohibido. El amor ejerce así un papel de prostituta, donde es protegido, y a la vez despreciable, figura de deseo, pero también de reproche. Al prostituir al amor, se le otorga el poder de la humillación para el mundo contemporáneo, un mundo que no quiere saber de su soledad.

En cuanto a lo académico, entran en disputa dos creencias, la primera de ellas obedece al hecho de que la soledad lleva a los intelectuales a refugiarse en los libros, la bibliotecas, las librerías y todo aquello que lo llene de palabras, y la segunda es que precisamente en medio del disfrute de la soledad es donde surgen sus mejores pensamientos y por ende sus obras.

Algo parecido se puede decir del arte, con una variación “el arte no justifica vivir, es al contrario: solo la vida justifica el arte”, acertada frase de Gonzalo Arango en su texto soledad y absurdo, pues el arte es fuente de inspiración, de creación, de derroche.

Ahora bien, en relación con lo místico, se ve el aumento día a día de iglesias o centros de oración. Las danzas, los cantos, las oblaciones hablan por si solas de la emergencia de encontrar paz interior, una paz que reconcilie al hombre con su medio, una paz que lleva a la reunión con lo sagrado, lo supremo que nunca abandona.

En cuanto a las sociedades contemporáneas, el trabajo ha representado religiosamente, una especie de tótem, la posibilidad de surgir en medio de un

mundo consumista y excluyente, lo cual le otorga un lugar al hombre para estar en el mundo, es por ello que se consagra a este sin importar las horas, los afanes, el desgaste y el aislamiento, y es ese sentimiento de soledad el que lo hace sentirse y saberse solo, sin comunidad, es decir sin la comunión que se llega a vivir en el momento mismo de establecer contacto con los otros.

De esta manera, el amor, lo académico, lo artística, lo místico y el trabajo han dejado de ser fuentes creadoras, fuentes de posibilidad para el encuentro consigo mismo y con los demás, por el contrario se han instalado como el gran muro que rompe con la continuidad del encuentro.

Por ello las sociedades fingen una totalidad, esta totalidad que vive por sí y para sí, “pero si la sociedad se concibe como una unidad indivisible, en su interior está escindida por un dualismo que acaso tiene su origen en el momento en que el hombre se desprende del mundo animal y, al servirse de sus manos, se inventa así mismo e inventa conciencia y moral”, continua Octavio Paz “la sociedad es un organismo que padece la extraña necesidad de justificar sus fines y apetitos”. (Pág. 218-1993) Dado que se sirve de caparazones, tal vez más fuertes que los de las tortugas y los cangrejos, resultando ser impenetrable, con el fin de no ser dañados ni tocados por la realidad. “los hombres somos impenetrables”, dice Unamuno (Pág. 39-1968), y en esa medida aparecen los monólogos y el eco, solo retumba la propia voz, una voz que se exacerba en el momento mismo de ser atravesada por otra que no fue invitada.

Cayendo así en un abismo de tiempo, un tiempo que sin desconocer lo aniquilante y desventajoso que resulta ser, lo engulle, le coloca el acelerador y lo pone a funcionar bajo un ritmo que es de difícil seguimiento.

Dando pasos agigantados, huye el ser humano de sí mismo para encontrarse en los otros o en el otro, porque los miedos lo persiguen, lo acorralan, lo esclavizan y lo someten. Aturdiéndolo de tal manera que le resulta imposible no caer en el error y en el rechazo a su situación.

Unamuno sale al encuentro con una frase de reclamo, de suplica “ve a la soledad, te lo ruego; aíslate, por amor de Dios te lo pido; aíslate, querido

amigo, aíslate, porque deseo, hace mucho tiempo ya, hablar contigo a solas". (Pág.35-1963) Indicando así, no un tiempo que devora calendarios, horas, minutos, mañanas, pasados, no un tiempo que separa al hombre de sus realidades, sino un tiempo que aboga por la vida que es manantial de existencia, que crea y recrea, ya sea extenso o breve, fértil o estéril, un tiempo que posibilite la emanación de virtudes, de sueños y de ensoñaciones. Un tiempo donde se aprecie el valor de la soledad y se comprenda que se puede vivir muy bien en ella, y que contagie a otros hombres de su inefabilidad.

No obstante, en un mundo tan incomunicado como el actual, se puede dar el lujo el ser humano de acurrucarse amorosamente a dormir en el sutil regazo de la soledad. Con mesura, sospecha y paciencia, la soledad toca a la puerta. Un fantasma sobrevuela la contemporaneidad.

Referencias

- ARANGO, Gonzalo. 1967. Soledad y absurdo. Colombia. Revista cromos.
- BENEDETTI, Mario. 2000. El olvido esta lleno de memoria. Argentina. Editorial sudamericana.
- LISPECTOR, Clarice. 2002. Cuentos. España. Alfaguara.
- PAZ, Octavio. 1993. El laberinto de la soledad. Colombia. Fondo de la cultura económica.
- DE UNAMUNO, Miguel. 1968. Soledad. España. Espasa-calpe, S. A. 1968. España.